

¿Tres fuerzas americanas y mundiales?

Demetrio Boersner*



En enero y febrero de 2005, la realidad política y socioeconómica internacional podía ser interpretada en términos de interacción de tres grandes fuerzas o tendencias, tanto en las Américas como en escala global. Entre una gran corriente conservadora y hegemónica, y otras radicales y agresivas en su antagonismo a la primera, se vislumbra la formación de posibles terceras alternativas, deslindadas tanto de la fuerza imperial como de los extremismos violentos.

Venezuela, Colombia y las Américas

Desde los primeros días de enero hasta el final del mes, los gobiernos de Venezuela y de Colombia estuvieron trabados en una ruidosa disputa y crisis diplomática que tal vez quedará registrada como anécdota histórica bajo la denominación de “el caso Granda”, y que terminó por involucrar, además de los dos países señalados, también a Estados Unidos y el resto de la comunidad interamericana.

Como es sabido, las relaciones venezolano-colombianas se tornaron dificultosas a partir de la llegada al poder del presidente Hugo Chávez a comienzos de 1999. El populismo radical del líder venezolano, con su agresivo lenguaje “revolucionario” –respondido con expresiones de simpatía y de solidaridad por las FARC colombianas–, de inmediato creó la sospecha de que el gobierno de Caracas estaría ayudando activamente a estas bandas a la vez subversivas y delincuentes, calificadas de terroristas por las potencias del Atlántico norte. La percepción de Hugo Chávez como propulsor del extremismo antianqui y anticapitalista, no sólo en su inmediata vecindad sino en toda América Latina y hasta en el mundo entero, se fortaleció a medida que el líder venezolano radicalizaba más y más su discurso “revolucionario” y “multi-

lateralista”. Además no faltaron los casos concretos de libre entrada de rebeldes colombianos a Venezuela y su participación en actos políticos en dicho país.

Desde hace varios años, los gobiernos colombiano y norteamericano están colaborando estrechamente en el marco del llamado Plan Colombia (internamente plasmado en el Plan Patriota), dirigido inicialmente contra el narcotráfico pero luego en grado creciente contra el terrorismo o extremismo político violento. Asimismo, desde que la “revolución” de Hugo Chávez entró en su nueva fase “antiimperialista” radical, posteriormente a su victoria en los procesos electorales de agosto y de octubre 2004, el gobierno de Washington parece haberse convencido de que este caudillo militarista y populista representa, no tan sólo una molestia (mayormente compensada por los generosos contratos que otorgaba a consorcios capitalistas del norte), sino más bien un auténtico peligro para la estabilidad del hemisferio.

De allí que, con la operación de captura del “canciller” de las FARC, Rodrigo Granda, muy posiblemente Estados Unidos y Colombia han buscado provocar a Hugo Chávez para que reaccione con virulencia extrema y así quedase desacreditado ante los gobernantes latinoamericanos “terceristas” (inconformes con la hegemonía nortea y con la imposición



del globalismo neoliberal, pero apegados a conductas democráticas y dialogantes). Hasta ahora, esa tercera fuerza en cierto modo liderada por el brasileño Lula ha tratado de mantener lazos de amistad con Hugo Chávez y aprovecharse de él (como generoso suplidor de petróleo y agitador político tal vez útil y "manejable").

Si la captura de Granda fue una trampa, el presidente venezolano cayó en ella, pues presentó una imagen internacional de desmesura en la ira y en los ataques verbales contra gobiernos, instituciones y personalidades. Se notan síntomas de incomodidad por parte, no sólo de la "tercera fuerza" latinoamericana de izquierda democrática, sino incluso del viejo zorro y veterano estadista que ejerce la dictadura en Cuba. Durante la "crisis Granda" (que Lula calificó de "asunto muy secundario"), Fidel Castro actuó de buenoficiante y contribuyó a calmar a su amigo venezolano.

Por la excesiva agresividad discursiva de Hugo Chávez contra el "imperio", y más aún por su costumbre cada vez más marcada de apoyar e incitar a extremistas inconformes para que se alcen contra los liderazgos de izquierda democrática moderada en otros países, posiblemente se profundizarán las divergencias entre esa "tercera fuerza" y el populismo militar maniqueo.

El segundo mandato de George W. Bush

El presidente Bush se juramentó para el ejercicio de su segundo mandato. En su discurso inaugural, algún tiempo después en su mensaje sobre el estado de la Unión dirigido al Congreso, el mandatario ratificó su convicción de que Estados Unidos debe proseguir su campaña por difundir la democracia y la economía de mercado y derrotar al terrorismo, con particular énfasis en Asia occidental, es decir, esencialmente, el mundo islámico. En esa tarea histórica, la potencia norteamericana actuaría, como antes, en función de líder y podría tomar iniciativas unilaterales, pero procuraría persuadir a países amigos y aliados para que la acompañen y compartan las responsabilidades.

Como es sabido, la prédica de ideologías salvadoras suele encubrir o reflejar luchas por el poder, muy concreto y material, de naciones o clases sociales, ya sea dominantes o dominadas. A la cruzada democrática para Asia occidental, formulada por Bush, seguramente le subyace una geoestrategia realista y fríamente calculada por el Pentágono y el Departamento de Estado, encaminada a implantar, junto con el modelo democrático y neoliberal, el firme control, por Norteamérica y el bloque atlántico, del vasto y vital "heartland" energético (petróleo y gas natural) que se extiende de Afganistán hasta Turquía y del Golfo Pérsico hasta el Mar Caspio.

En materia de política interna, George W. Bush prometió mantener una línea dura en materia de seguridad y de represión antiterrorista. En el dominio económico y social, esbozó un programa neoliberal encaminado a avanzar hacia el equilibrio presupuestario mediante una fuerte disminución del gasto social. La privatización del sistema de pensiones y de salud pública, además de la reducción o eliminación de algunas prestaciones, debe traducirse, según el presidente, en un ahorro fiscal que compensará con creces el proyectado aumento del gasto militar.

La doctora Condoleezza Rice fue designada y aprobada legislativamente para dirigir el Departamento de Estado en reemplazo del general retirado Colin Powell. La nueva cancillera ya ha demostrado su inteligencia y energía como asesora de la Casa Blanca y no cabe duda de que dirigirá la diplomacia norteamericana con mano firme y en constante consulta y sintonía personal con el presidente. En sus primeros pronunciamientos luego de asumir su cargo, ha dejado en claro: a) la convicción de que EUA debe ejercer un firme liderazgo mundial inspirado en la idea de promover la democracia y la libertad (política y económica) en toda la extensión del planeta; b) el anhelo de avanzar de la toma unilateral de las decisiones a la búsqueda de un mayor consenso multilateral, no



en escala universal (ONU), pero sí a nivel de la alianza atlántica, intentando un "borrón y cuenta nueva" con la "vieja Europa" opuesta a la actuación norteamericana en Irak; c) la advertencia al mundo, de que la primera potencia no vacilará en recurrir a sanciones y al uso de la fuerza contra enemigos persistentes.

Elecciones e incertidumbre en Irak

Contrariamente a lo que predecían muchos críticos del presidente Bush y su estrategia mundial, las elecciones iraquíes del 30 de enero se saldaron en un momentáneo éxito para la política norteamericana. Sin dejarse intimidar por la mortífera violencia y las amenazas de muerte de la "resistencia" (o "insurgencia") radical, un 55 por ciento de la población electoral acudió a las urnas y depositó sus votos. Con ello demostró, sin duda, una inclinación hacia prácticas democráticas y un rechazo al pasado dictatorialista, a la vez que otorgó cierto grado de legitimidad o de aceptación al régimen transitorio instaurado por las fuerzas de ocupación.

Sin embargo, el presidente norteamericano se equivoca si cree que con ello se está asegurando la vía hacia una democracia estable en el país mesopotamo. La mayoría de los votantes fueron chiítas seguidores del ayatolá Al-Sistani, adversarios de la tradición baazista y de la supremacía política sunita, y deseosos de implantar la supremacía de su propia comunidad confesional. Aunque Al-Sistani ha dicho que su clero no debe gobernar directamente, manifiesta el afán de imponer orientaciones islamistas a los futuros gobiernos del país. Al mismo tiempo, las naturales buenas relaciones que existen entre los chiítas de Irak y los que gobiernan teocráticamente al vecino Irán (gran adversario de Estados Unidos) podrían significar que en definitiva, en lugar de ganarse un aliado democrático, los gobernantes norteamericanos hayan impulsado la formación de un bloque teocrático mesopotamo-persa dirigido desde Teherán.



Israel-Palestina: Renace la esperanza

Las elecciones para designar al sucesor de Yasir Arafat se celebraron el día 14 de enero y fueron masivas, libres y transparentes. Mahmoud Abbas (Abú Mazén), quien había sido la mano derecha de Arafat y en sustitución de éste ejerció el mando provisional, fue elegido presidente titular de la Autoridad Nacional Palestina con el 62% de los sufragios, mientras el otro candidato importante, Mustafá o Marvan Barguti, obtuvo el 20%.

Abbas ya había demostrado en diversas ocasiones su tendencia hacia la moderación y la búsqueda de una paz negociada con sentido pragmático. Su tendencia política general es la de una burguesía liberal árabe persuadida de que el Islam y el mundo judeocristiano deben convivir constructivamente. La fuerte participación en las elecciones y el espíritu pacífico y optimista demostrado por la mayoría del pueblo palestino indican que en lo inmediato Abú Mazén de verdad representa a su nación.

El premier israelí Ariel Sharon por su parte dio indicaciones de sinceridad y consecuencia en su disposición de buscar la paz con este nuevo interlocutor palestino en quien tiene confianza. Respaldo por su nuevo gobierno de coalición conservador-laborista-religioso, Sharon ha ratificado tajantemente su decisión de retirar los asentamientos judíos de Gaza y de algunos puntos de Cisjordania. Se

declaró inmediatamente deseoso de conversar y llegar a acuerdos con Abbas, bajo la sola condición de que éste (a diferencia de Arafat) tomase medidas represivas contra brotes de violencia armada o de terrorismo antisraelí. Los dos líderes se reunieron en el balneario egipcio de Sharm el-Sheij, bajo la égida del presidente Hosni Mubarak, y al final de su reunión anunciaron un cese al fuego entre sus dos bandos, así como su decisión de proseguir sus conversaciones próximamente en Israel y luego en territorio palestino.

Abú Mazén conversó con los bandos palestinos radicales que rechazan o condicionan la tregua acordada, y cuando uno de ellos la violó mediante un ataque armado, envió a la fuerza de seguridad palestina para que, por primera vez, reprimiese con firmeza a sus compatriotas desviados.

Estados Unidos, por su parte, anunció su decisión de reanudar su función facilitadora y mediadora del conflicto y designó para esta función al general retirado William Ward, con experiencia de buenoficiante en Somalia y en Bosnia. Asimismo se anunció que en breve se reunirá el "Cuarteto de Madrid" integrado por la ONU, la Unión Europea, Estados Unidos y Rusia, para tomar cartas en el asunto.

*Miembro del Consejo de Redacción.